

PRIMERA CLASE DE GRIEGO

Me propongo en estas líneas transmitir mi experiencia de la primera clase de griego, como profesor, pues mis tiempos jóvenes de alumno ha mucho quedaron atrás. Desde ya que lo de “primera clase” puede extenderse a alguna más. Me refiero a todo el tiempo que toma enseñar el alfabeto y los rudimentos fonéticos. El poeta Ausonio decía que haber empezado algo es como haber hecho la mitad de la tarea:¹ ¡tanto cuesta vencer la inercia inicial! Sin duda que es exagerado aplicar este principio del poeta de Burdeos a una sola lección, pues faltan la voz media, la interminable tercera declinación, los verbos consonánticos y cosas que solo Curtius podría enumerar. No obstante, me parece que es bueno convidar como entrada algo del banquete que el griego dará en premio a sus atletas.

Naturalmente en griego hay que empezar por el alfabeto: vocales, diptongos, consonantes, espíritus y acentos. Ya esto basta para desanimar a más de una de las cabecitas de hoy, tan llenas de juegos electrónicos y de tantas cosas más que, en mi vejez, no entiendo. Pero, después de esta primera andanada lingüística, me parece que conviene endulzar un poco el brebaje que les hemos dado. Creo que esto puede conseguirse mostrando que no solo la cultura helénica (esto lo sabe cualquiera) ha influido, sino también que hasta el alfabeto griego se encuentra en la vida diaria. Paso a algunos ejemplos.

Es fácil conseguir un texto impreso en lengua neohelénica. Puede ser un diario o uno de esos envases comerciales que están escritos en varios idiomas. Entre las hojas de mi gramática llevo una etiqueta de ΖΕΥΣ. Ese es el nombre de una miel griega. Aunque no domino la lengua moderna, muchas raíces son muy comprensibles y puedo mostrar a mis alumnos cómo se sigue usando el alfabeto que ellos están aprendiendo. En realidad esto puede hacerse también con alumnos avanzados; ellos mismos ven que la lengua antigua y la actual tienen una identidad espiritual, más allá de la comprensión del texto. También es esto una buena oportunidad para recordar que la pronunciación erasmiana, que nosotros convencionalmente solemos usar, no es la pronunciación que usaban Sócrates y Platón; además, que la pronunciación nacional griega no es de ayer, sino que en varios de sus aspectos remonta a lejanísima antigüedad.

El ejemplo que acabamos de dar es muy simpático pero nada más introduce a lo que tengo en mente, puesto que un alumno que está aprendiendo el alfabeto difícilmente podrá hacer algo más que una apreciación general. Distinto es el caso –repito– si queremos servirnos de estas cosas alguna vez en los cursos superiores. Por ejemplo, esa misma miel marca Zeus dice: ΗΜ. ΑΗΞΕΩΣ/ΒΑΡΟΣ ΣΤΟΝ ΠΥΘΜΕΝΑ; vale decir, la fecha de vencimiento y el peso figuran en la parte inferior del envase. El profesor muy bien puede explicar que esas palabras tienen las raíces del griego antiguo.

Mi siguiente paso es enseñar cómo el alfabeto griego a veces se usa mal: de los errores también se aprende. Por ejemplo, casi todo el mundo vio la película *My big fat Greek wedding*.² En Argentina el título se tradujo *Mi gran casamiento griego*, y en los

¹ Epigramas 82: *Incipe: dimidium facti est coepisse. Superfit / dimidium: rursum hoc incipe et efficies.*

² Dicho sea de paso, contra la opinión de algunos creo que puede ser vista con provecho en clase, pues, entre burlas y veras, hay allí aspectos de la Grecia eterna.

carteles de propaganda el gentilicio está escrito GRIEGO; sin duda buscaron el mismo efecto que un anticuario de Buenos Aires, cuyo negocio se llamaba ΣΓΣΑ. Más aún, una sección del conocidísimo diario *La Nación* se llama ΤΣCNOLOGIA (*sic*). Está claro que, tal vez con conciencia del mal empleo, se ha privilegiado poner un signo que es asociado con lo helénico.

Casi a diario paso por un Bar & Food (*Brittania, mater nostra es!*) de nombre Συρεκλ! Como se ve, hay aquí mezcla tanto en las letras (lambda por alfa es un buen ejemplo de hacer difícil lo fácil) como en el signo de admiración. Tengo también un anuncio de venta de cartuchos de impresora: el responsable en cuestión es βΑPΣΑ, con mezcla esta vez de mayúsculas y minúsculas.

Más todavía. Un servicio de asistencia psicológica tiene como logotipo la letra Φ. Sin duda se han confundido con la Ψ, iniciadora de palabras relacionadas con la idea de ‘alma’ (*psyché*, para usar una transcripción). Un colegio se llama αλεθεια.¹ Sin hablar siquiera de los espíritus, aquí no sirve eso de poner los puntos sobre las íes. Si tal institución busca enseñar la verdad, podría haber empezado desde su propio nombre. El restaurante griego Mykonos pone también los caracteres griegos, aunque es una pena que no hayan puesto el acento *Mýkonos*.

Ahora, usos correctos. Hay una marca de ropa deportiva, creo que italiana, Kappa; la cuestión es que el logotipo de la misma es el dibujo de un chico y una chica sentados de espaldas uno con otro, de modo de formar algo parecido a esa letra griega en minúscula. También nos ayuda la bellísima Cindy Crawford, quien exhibe orgullosa en su muñeca un reloj Omega, cuyo símbolo es la Ω.

Ya fuera de nuestro tema estricto, es decir el uso en la vida diaria del alfabeto, podemos también mostrar una pizca de la presencia cotidiana de lo griego en general. Por ejemplo una marca de alimentos en Argentina es Atenas, la cual ostenta en sus productos un Partenón. Este año 2006 les di a mis alumnos unos volantes impresos de propaganda de la obra teatral, con música y coreografía, SOMA GYNAIKEIOS. La idea y dirección de la misma fue de Laura Sapriza Morán, ex alumna del Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí tuvo un muy mal profesor de latín (me refiero naturalmente a mí), pero aprendió sin duda algunas nociones de griego en otro lado. Le escribí para decirle que habría sido mejor GYNAIKEION, pues el sustantivo griego es neutro. Me agradeció, pero lo importante es que ‘Cuerpo femenino’ estuvo dos meses en cartel, para bien de los que amamos a Grecia y a su permanente proyección. Y un centro educativo que prepara alumnos para los ingresos a varias universidades se llama ARISTOS. Acento aparte, la relación con el superlativo es evidente, pues tal institución de jacta de tener “el mejor nivel de aprobados!!!” Por suerte no preparan para lengua castellana, en especial en el uso de signos de puntuación.

¹ Es una lástima que la buena intención que supone usar un nombre griego o romano, como modo de enraizar en la sublime tradición clásica una actividad o un conocimiento, no se moleste en consultar con la persona indicada. Una vez vi un pequeño boletín de una facultad de ciencias exactas, de nombre *Alma scientiae*. Como supuse, querían decir ‘el alma de la ciencia’. Les expliqué que era un error, pero que por suerte era subsanable, pues podían cambiar algo el lema en *Alma scientia* (‘ciencia nutricia’), con solo pasar un poco de lápiz corrector en la letra final *e*. Menos mal que no eran tantos ejemplares y que no lo habían escrito a la manera *æ*, pues esto habría obligado a borrar y escribir encima.

Una vez que vimos que las letras griegas se siguen usando hoy (algún alumno más instruido en ciencias suele indicarme los valores respectivos de π , de ω o de π), terminé mi clase tratando de ubicarlos en el país de los griegos. Primero una mirada al mapa, pero luego me ayuda Joan Manuel Serrat con su *Mediterráneo*.

Quizás porque mi niñez
sigue jugando en tu playa
y, escondido tras las cañas,
duerme mi primer amor,
llevo tu luz y tu olor
por dondequiera que vaya
y, amontonado en tu arena,
guardo amor, juegos y penas.
Yo, que en la piel tengo el sabor
amargo del llanto eterno,
que han vertido en ti cien pueblos
de Algeciras a Estambul,
para que pintes de azul
sus largas noches de invierno...

A fuerza de desventuras,
tu alma es profunda y oscura.

A tus atardeceres rojos
se acostumbraron mis ojos
como el recodo al camino.
Soy cantor, soy embustero,
me gusta el juego y el vino,
tengo alma de marinero.

¡Qué le voy a hacer, si yo
nacé en el Mediterráneo!

Y te acercas, y te vas
después de besar mi aldea.
Jugando con la marea
Te vas, pensando en volver.
Eres como una mujer
perfumadita de brea,
que se añora y se quiere,
que se conoce y se teme.

¡Ay! Si un día para mi mal
viene a buscarme la parca,
empujad al mar mi barca
con un levante otoñal
y dejad que el temporal
desguace sus alas blancas.

Y a mí enterradme sin duelo

entre la playa y el cielo...

En la ladera de un monte,
más alto que el horizonte,
quiero tener buena vista.
Mi cuerpo será camino,
le daré verde a los pinos
y amarillo a la genista.

Cerca del mar, porque yo
nacé en el Mediterráneo.

Creo que la vieja canción –es verdad que por ello quizás pocos jóvenes la conozcan– expresa la idea de Grecia como parte de un mundo especial. Sé que no digo nada nuevo a un europeo, pero esa geografía es algo muy poco común. Donde yo vivo hay a duras penas cuatro estaciones, no existe la nieve casi en las ciudades y no se dan con facilidad determinadas cosas que hoy componen la llamada dieta mediterránea, que dicen que es de lo más saludable (un médico catalán una vez por radio la definía: “más al garbanzo y menos a la mantequilla”). Algunas imágenes completan mi tarea de ambientar, como decíamos, a los alumnos en el mundo griego y en su pertenencia al *Mare Nostrum*.

Para terminar, recuerdo solamente lo dicho al principio: no tuve más propósito que transmitir mi humilde práctica docente. Creo que a mis alumnos les ha gustado. No soluciona los problemas esenciales, pues el aprendizaje del griego siempre será una dura *ascesis*. No obstante, creo que siempre conviene predisponer bien.

Radulfus